

Carta abierta a mi generación

Por Sebastián García Díaz

Amigo: somos de edades similares. No habíamos nacido siquiera cuando los Beatles pegaban fuerte. Y aunque pretendamos recordar con alguna supuesta melancolía la época en que nuestros padres nos ponían como pañales bombachas de goma y veíamos televisión blanco y negro, sin duda, somos hijos del consumo desenfrenado y la tecnología globalizada.

Deja tu *black berry* por un momento. No creo que nadie muera porque leas un poco más tarde ese mail que te han enviado.

En esta oportunidad no te traigo ninguna propuesta tentadora para comprar o disfrutar. No te estoy pidiendo este “break” en tu vida para hablar de fútbol, de mujeres (o de hombres), de perfumes, de vinos, de viajes, de ropa, de autos o motos, de casas, inversiones, relojes, de cirugías estéticas o celulares.

Quiero hablarte del destino de nuestra generación. De la hipótesis de este ensayo: que si no cambiamos -al menos algunos de nosotros- nuestra actitud hacia lo público, y en particular hacia lo político, definitivamente pasaremos sin dejar huella.

Es decir: nuestra carrera laboral es una huella en sí misma y cada uno sabrá cuán profunda es; la familia que formamos (y que en algunos casos volvimos a formar) es un indicador importante; los amigos nos recordarán, seguramente, si algún día no estamos aquí e hicimos las cosas relativamente bien. Pero yo hago referencia a nuestra capacidad, como generación, para hacer que lo

común -el bien común- avance en forma determinante, como ofrenda para la generación siguiente.

Si quieres pongámoslo en estos términos: me gusta lo que hiciste hasta ahora con tu libertad y yo con la mía. La hemos disfrutado, estoy seguro. Pero no veo que nos hayamos tomado muy en serio el desafío de llevar los umbrales de la libertad pública hacia otro estadio, para que nuestros hijos tomen la posta y a su vez hagan lo que les corresponda. Hasta ahora, de alguna manera, no hemos honrado nuestra libertad y por lo tanto -podría decirse- no la merecemos. Pues si no la conquistamos con “sangre, sudor y lágrimas”, al menos la podríamos haber honrado escribiendo nuevos capítulos en la larga historia del hombre por llegar a convertir en políticos todos sus derechos naturales.

Tomo un párrafo del filósofo y poeta, Soren Kierkegard, que en pocas palabras ilustra en forma bellísima lo que a mí me llevaría un libro desarrollar: “Si el hombre no tuviese conciencia eterna; si un poder salvaje y efervescente productor de todo, lo grandioso y lo fútil, en el torbellino de las oscuras pasiones, no fuese en el fondo de todas las cosas; si bajo ellas se ocultase el vacío infinito que nada puede colmar, ¿qué sería la vida sino desesperación? Y si así no fuese, si un vínculo sagrado no atase a la humanidad; si se renovasen las generaciones así como se renueva el follaje en los bosques; si unas tras otras fuesen extinguiéndose como el canto de los pájaros en la selva; si cruzasen el mundo como la nave el océano, o el viento el desierto, acto estéril y ciego; si el eterno olvido, siempre hambriento, no se hallase con una potencia de tal fuerza que fuese capaz de arrebatarse la presa que acecha ¡Qué vanidad y qué desolación sería la vida!”

No me salgas con tus excusas. Ni con la postura de que nada le debes a la humanidad. Que no te genera el más mínimo cargo de conciencia no estar haciendo nada concreto para que el mundo cambie y sea verdaderamente libre. No necesito darte un sermón porque, como te dije, soy de la misma generación que tú: sé lo que sientes (porque yo lo siento). Hemos sido

educados sabiendo que teníamos una responsabilidad que excede lo estrictamente individual. Tú como yo, escuchas en algún rincón de tu corazón esa vocecita de aquel coordinador de grupo juvenil que supo leer en la fotocopia que le servía como guía para la charla grupal: “nadie puede ser feliz, si es feliz sólo”.

Que no lo hagamos es otra cosa. Que seamos capaces de acallar ese malestar de nuestra conciencia no significa que no nos moleste la espina en el corazón. No me vengas con la justificación de tu individualismo. Quiero que reflexionemos juntos sobre lo que nos pasó, lo que nos pasa y lo que nos pasará si no reaccionamos.

Espero que no me malinterpretes: no vengo a juzgarte ni a remarcar tus falencias. En definitiva, tus defectos son los míos y también tus fortalezas, porque hemos crecido juntos. Por eso me animo a ser tan frontal. Es la forma con la que pueden hablarte, no un maestro ni un referente de autoridad, sino un amigo que te conoce mucho, aún sin conocerte y comparte con vos -ni más ni menos- que un tiempo presente en la Historia.

1. Una generación sin relato

Nuestra generación necesita empezar a construir su propio relato. No hablo todavía de proyecto porque eso tal vez nos queda grande. Hablo de ponernos de acuerdo al menos en el diagnóstico.

Ya estamos dejando la juventud tardía y nos encaminamos al momento clave donde supuestamente “manejaremos el mundo”. Los mayores aportan su experiencia. Los jóvenes su idealismo. Pero a nosotros ya nos tocó el turno de *Hacer-la-realidad*.

Sin embargo el escepticismo sobre las posibilidades de generar cambios relevantes en la esfera pública ha sido fruto de un proceso tan profundo e impactante, que arribamos a esta etapa de nuestras vidas sin habernos tomado

el trabajo de tener demasiado en claro qué hacer, cómo y mucho menos porqué.

Propongo para nuestro relato aún pendiente el siguiente comienzo: en el transcurso de los últimos 20 años, que deberían haber servido para forjar el carácter de nuestra generación y nuestra adhesión a la causa de la libertad, pasamos de un extremo a otro sin solución de continuidad y eso indudablemente nos afectó.

Nos iniciamos (al menos es mi caso) al mundo de las inquietudes ciudadanas y políticas, en el año que caía el Muro de Berlín. Fue una explosión de esperanza. Se terminaba el mundo bipolar: el comunismo había sido derrotado. Las democracias latinoamericanas caminaban hacia la consolidación y las democracias del resto del mundo comenzaban a explotar como “pop corn” en los más diversos puntos del globo terráqueo.

Como sería la influencia positiva que tenía esa coyuntura sobre nuestra visión que, en lo particular, mis dos primeros escritos publicados se llamaron *La Nueva Utopía* y *el Gran Desafío*. En ambos ya exhortaba a los jóvenes de mi generación a ser protagonistas de lo que aparecía como un “momento histórico”. Sentía en esos años la responsabilidad de leer entrelíneas el *signo de los tiempos* y no podía dejar de lado una cierta ansiedad por lo que se suponía un cambio inminente, muy profundo y muy prometedor.

En la facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba (donde cursé mis estudios universitarios), de repente, la materia más importante pasaba a ser Derecho Internacional Público, porque había una gran expectativa en que la ONU y los organismos supranacionales pudieran construir rápidamente el armazón de convivencia, paz y progreso de un mundo que ahora sería multipolar (la aldea global).

Las estrellas de la Comunidad Europea brillaban más que nunca como luceros del futuro y todos los bloques regionales (Mercosur, etc) intentaban lo propio.

El espíritu romántico que cualquier joven abraza en esos años, ya no estaba representado tanto por el “Che Guevara” u otras expresiones violentas, como en los relatos de la otra generación, sino que sentíamos más afinidad con la Madre Teresa de Calcuta, Lech Wałęsa y el movimiento Solidaridad de Polonia, los defensores del medio ambiente, o el Papa Juan Pablo II rezando en conjunto con los líderes de todos los credos, por la Paz Mundial. La canción “Vientos de cambio” (*winds of changes*) de la banda de rock Scorpions era, en cierta medida, el himno de los tiempos que nos tenían como supuestos protagonistas privilegiados.

No fue una cuestión menor que en varios países de la región las economías se estabilizaran y se iniciaran procesos de reforma y privatización. En un corto plazo, los servicios públicos comenzaban a funcionar después de décadas de colapso (los teléfonos, los trenes, los vuelos aéreos), y también comenzaban a verse nuevamente, como hacía tiempo no ocurría, inversiones extranjeras, gerentes y turistas de otros países caminando por las calles. Súbitamente teníamos acceso a bienes, servicios, música, comidas, libros y espectáculos que durante toda la infancia y la adolescencia habían resultado casi como excentricidades sólo reservadas para el primer mundo (tan lejano). La inminencia del cambio de siglo sólo podría traernos más novedades positivas.

Que todos estos beneficios de una época de libertad y de prosperidad se extendieran al planeta entero era sólo una cuestión de tiempo, en la percepción que teníamos. Ver a ese joven, parando con su sola presencia, los tanques de la Plaza de Tiananmen (más allá del trágico final de aquella protesta) nos impulsaba a creer que todo era posible.

Estoy seguro que no todos sentíamos la misma adrenalina que estoy describiendo. Pero lo importante, en términos generacionales, era que habíamos muchos jóvenes sintiendo ese horizonte abierto ante nuestros ojos y en nuestro corazón.

Fue demasiado rápido que vino la Guerra del Golfo (invasión de Kuwait por parte de Irak y la operación “Tormenta del Desierto”), la declaración del “fin de la historia” de Fukuyama por un supuesto triunfo del capitalismo, las primeras distorsiones en la aplicación del consenso de Washington.

En países como Argentina, Brasil, México o Perú (por nombrar algunos) se sucedieron gobernantes que imponían políticas de tremendos ajustes económicos y reordenamientos sociales, mientras a la par ostentaban en las revistas de vanidades los resultados escandalosos de sus actos de corrupción. Esos ajustes trajeron desocupación, pobreza y miseria, conflictos sociales y un número cada vez más creciente de personas que ya no estaba tan contentas ni tan esperanzadas.

Las nuevas amenazas eran inesperadas y nos encontraron completamente desprevenidos. El “pensamiento débil” de Vattimo, el “hombre light” de Rojas, el “Choque de las Civilizaciones” de Huntington o los llamados de atención del propio Juan Pablo II en “Centesimus Annus” sobre el riesgo de haber superado el extremo del comunismo, para caer en otro de distintas pero similares distorsiones...

Todo hizo que la esperanza -casi en forma esquizofrénica- se transmutara en una incertidumbre, distinta en naturaleza pero similar en intensidad a la que vivieron otras generaciones durante la Guerra Fría.

Las lecturas entonces ya no fueron tan triunfales. Tomaron auge los autores comunitaristas tratando de construir una opción filosófica viable al individualismo político y económico, para que no quedaran fuera los valores. Apareció la “Tercera Vía” y otros intentos de buscar matices, sin perder las esperanzas del comienzo de los 90. El título del libro de Alain Touraine anticipaba, sin embargo, la preocupación que crecía: “¿Podremos vivir juntos?”

Durante esos años, tuve la oportunidad de realizar viajes extensos por Europa, por Estados Unidos y por Latinoamérica. Incluso estudiar un posgrado en una

universidad europea. De todas las conclusiones e impresiones que dejaron ese cúmulo -interminable de contar- de experiencias vividas, rescato una particularmente sufrida: el choque entre la riqueza y la pobreza, entre “la civilización y la barbarie”, entre los países desarrollados y los que no. El mismo choque que, en el día a día, observaba en mi propia ciudad entre los ambientes urbanos donde me movía habitualmente y las visitas que hacíamos a los barrios marginales los días sábados con los grupos misioneros...

Algo no andaba nada bien. Sin embargo, estas realidades no terminaban con nuestra esperanza en un mundo abierto y libre, aunque a la distancia advierto que la dañaron de muerte.

El momento crucial vino en el 2001 con el ataque a las Torres Gemelas, aquella mañana que vimos estrellarse los aviones. Sin solución de continuidad llegaron las crisis económicas y financieras globales (mi país, Argentina, vivió momentos de zozobra por esos años), las teorías mesiánicas de los Bush que obligaban a estar de un lado o del otro, el auge de los populismos iguales de mesiánicos en muchos países de Latinoamérica y el llamado “Socialismo del Siglo XXI”, el desprestigio de las ideas de la libertad económica y el retraso de los procesos de integración, la explosión del narcoterrorismo, los desastres ambientales y el auge de la inseguridad como problema central de las sociedades de todo el mundo.

Fue la última crisis del capitalismo en Estados Unidos y en Europa, la foto de una muralla cruzando América para dividir a Estados Unidos de México o la de un conjunto de presos torturados en la cárcel de Guantánamo, las decisiones unilaterales, las guerras preventivas, la ONU burlada en sus mecanismos, la Iglesia puesta en jaque por escándalos de pedofilia con un Papa pidiendo perdón en cada viaje que realiza...lo que terminó de dar el golpe de gracia a la nueva utopía de un mundo mejor con el que habíamos nacido a nuestro ejercicio de la ciudadanía.

Han sido por tanto 20 años demasiado inciertos, esquizofrénicos podría decirse, acelerados por una tecnología que abre inmensas oportunidades pero que -a falta de un relato de hacia dónde vamos, o mejor aún, hacia dónde queremos ir- en más de una ocasión viene a potenciar esa experiencia de sabor amargo.

A estas dos décadas tan intensas y tan cruciales en nuestras vidas tal vez podamos “echarle la culpa” por nuestra mediocridad como generación en cuanto a la capacidad de dejar huella. O al menos nos servirá de coartada y pasará a ser el capítulo inicial de nuestro relato a construir.

En verdad toda generación pareciera tener sus propias coartadas para explicar por qué no hizo lo que estaba llamada a hacer. Nunca dejo de sorprenderme, por ejemplo, cuando increpo a la generación pasada por la forma en que adhirieron o permitieron la escalada de violencia política y el auge de los proyectos totalitarios. La respuesta en todos los casos es la misma: fue una reacción a la violencia que ya venía en proceso (“*we didn’t start the fire*”); una forma de sacarse de encima el peso de sus propios errores.

En nuestro caso, sería muy triste que el diagnóstico de por qué no estamos activos en la vida pública de nuestros países, ocupando en forma contundente posiciones de liderazgo o influencia, sea simplemente que nos casamos (en muchos casos se separaron), nos costó conseguir el auto, la computadora, el celular, y los recursos para poder irnos de vacaciones y comprar la casa y que, simplemente, nos ha quedado cómodo ver pasar la historia por la vereda del frente de nuestra casa o leerla por Internet.

2. Nuestros problemas son globales

Insisto en que nuestra generación, no importa la condición económica o social, si vivimos en el primer mundo o en el tercero y más allá de las capas de escepticismo que nos cubren, siente una inquietud, un malestar por el futuro. Si uno tiene hijos, mucho más. Hay algo que no nos cierra y, así como vamos,

tenemos la impresión de que el porvenir acarrea más amenazas que oportunidades.

No es el mismo malestar que la generación anterior. Ellos, mucho más temprano que tarde en el relato que antes resumí, ya habían descargado sobre el sistema toda su frustración porque leían el proceso -en forma consciente o inconsciente- con los códigos de sus propias utopías construidas en los años 50, 60 y 70.

En mi país -Argentina- por ejemplo, los que llenaron las plazas con el regreso de la democracia en 1983 y también los edificios de los partidos políticos, ya tres o cuatro años más tarde, se habían vuelto decepcionados a su casa... ¡porque el sistema político no les había cumplido todos sus sueños (en tan poco tiempo)!

En nuestro caso, la decepción no llegó a destruir nuestro sentido común porque nuestras inquietudes resultaron más modestas tal vez o más sensatas o si se quiere más “realistas”. Somos hijos de la democracia que ha ido creciendo junto con nosotros. Guardamos las esperanzas de la juventud, pero al mismo tiempo sufrimos por las expectativas no cumplidas.

Las más de las veces nos descargamos con el contexto local o nacional (el intendente que no hace tal cosa, el gobierno nacional que dice o hace tal otra), pretendiendo circunscribir al país donde vivimos la causa de los males sociales que nos indignan. Pero es evidente que los problemas a resolver y los desafíos tienen proyección global.

La inseguridad será mayor en tu barrio que en el mío. Pero es un problema internacional. Al igual que las drogas, la pornografía, la trata de personas y el escenario de explotación humana que se construye alrededor de esas realidades.

Las deficiencias de la educación pública, los enormes desafíos de sustentabilidad que presentan los sistemas previsionales a causa de este dato tan real pero tan triste del envejecimiento de la población por falta de procreación, sobre todo de las clases medias y altas.

La fragmentación de la familia como pilar fundante de la sociedad, la falta de participación de la ciudadanía ya no sólo para ser protagonista de lo público sino siquiera para el acto más elemental que es asistir a los comicios a votar a sus representantes.

La brecha que produce entre personas, los constantes saltos tecnológicos y cómo aquello afecta la estabilidad de los empleos y el acceso a las oportunidades. Los desafíos ambientales a escala mundial, la sustentabilidad de los servicios públicos esenciales...

No quiero extenderme en la enumeración (¡porque los problemas son tantos!). Sólo pretendo resaltar que lo que te está sucediendo a tí, en México o en España, me está sucediendo también a mí en Argentina e incluso a mis amigos de Australia o de Singapur. Los desafíos son globales y también las soluciones, aunque su instrumentación deba -por supuesto- ser condicionada por los matices de cada lugar.

Esta realidad global de nuestra problemática es la que me incita a escribir una carta "urbi et orbi", de carácter generacional, sin particularizar en ningún país concreto, no tanto por el romanticismo que implica una convocatoria con ese alcance, sino porque considero sinceramente que es la única adecuada a la escala del desafío.

Aunque algunos no quieran reconocerlo, o incluso pretendan negarlo, estamos inmersos en la ejecución de un proyecto de *mundialización* de nuestra convivencia pública, con todo lo bueno y todo lo malo que ello pueda significar. Podrá acelerarse en algunos países y demorarse en otros, sin quererlo o en forma deliberada. Pero la tendencia está marcada.

Se hace necesario, por tanto, un proyecto de bien común a escala global, frente a una sociedad problematizada hasta en sus mismas bases, también a escala planetaria. Debemos ser conscientes que tenemos, en definitiva, un destino global.

¿Cuál es el desafío? Si estás de acuerdo en que nuestro relato tenga esta mirada, propongo hacer foco en tres pilares que -intuyo- son queridos y apoyados por todos los miembros de nuestra generación. Al menos los eran cuando teníamos veinte años. Supuestamente han sido el legado de las generaciones que nos precedieron y, además, son los pilares de nuestra tan preciada libertad presente. Hoy esos pilares están puestos en jaque.

3. El futuro de la democracia

El primer desafío es el futuro de la democracia republicana, montada sobre un esquema de instituciones propias del Estado de Derecho. Tal como se muestra la realidad y su perspectiva (si no intervenimos), no sería aventurado predecir que su viabilidad es incierta, en un plazo de 50 años.

Fundamentalmente por una cuestión que ya mencioné al pasar más arriba: la ciudadanía no está comprometida activamente y en forma masiva a nivel mundial con la defensa de este paradigma de Estado y de Gobierno. No importa aquí la razón; sólo remarco el dato.

La complejidad de los fenómenos de seguridad, políticos, económicos y sociales nos fuerzan hacia escenarios de poderes concentrados, no participativos y poco respetuosos del armazón teórico del Estado de Derecho que construimos durante cinco siglos.

Esos armazones garantizan el consenso y la legitimidad, pero no la eficacia y las transformaciones de fondo, necesarias en países con distorsiones muy profundas. Y la gente no está queriendo consensos, está pidiendo resultados. La tendencia debería preocuparnos.

No hace falta que desnude la fragilidad del ideario democrático. Todos sabemos que jamás hubo un momento histórico donde hubiera un “contrato político fundacional” y que en la mayoría de nuestros países los constituyentes no fueron representantes enviados por el pueblo, sino más bien adelantados e iluminados con alguna cuota de poder, que casi regalaron a las grandes mayorías desentendidas de lo político, una organización (la del gobierno limitado) en la que después comenzaron a creer. La mítica historia que hemos construido en torno a esos tiempos, sirve para contrarrestar la fragilidad denunciada, pero no la suprime.

Si esa creencia comienza a debilitarse o resquebrajarse, el edificio entero cae y queda al descubierto el juego desnudo del poder y la confrontación de intereses. Si el “enamoramiento” de las mayorías con el ideario de la democracia se adormila hasta el punto en que les dé lo mismo, entonces la libertad pública y nuestras libertades privadas -que siguiendo la metáfora, juegan desentendidas en la azotea de ese edificio- quedarán atrapadas entre los escombros.

La idílica idea que sostienen algunos, de un resurgir de la participación a través de canales virtuales y de un “saludable caos democrático”, imposible de dominar, producido por el avance de las tecnologías, que permite a cada ciudadano ser protagonista de su propio “avatar” dentro de la web 2.0, en realidad es una ensoñación sin mayores fundamentos. Si la participación a través de la tecnología no va a lo profundo del sistema político, muy lejos de configurarse como una *reingeniería* de la democracia, sólo sirve como “pan y circo virtual” para que las masas se entretengan en discusiones e intercambios de palabras (creyendo que a través de esos mecanismos son protagonistas) mientras las decisiones se toman a otro nivel y en círculos mucho más estrechos.

Estamos -además- ante un error de nuestro tiempo: asignar a la opinión que resulta de las encuestas (a la suma de las opiniones individuales), o aquélla que surge de los medios de comunicación, el título de “opinión pública”. Un

individuo que reflexiona en soledad o sólo habiendo contrastado sus opiniones en el marco de su familia, sus amigos o su programa de televisión favorito no alcanza a interactuar con el sentir de la comunidad y por tal no alcanza a forjar su opinión “pública”.

Las opiniones políticas particulares manifestadas espontáneamente, sin haber sido confrontadas en un ámbito común con otras diferentes de sectores distantes y hasta contrarios, al fragor de la retórica, luego de una meditación mínima y sobre todo ante la inminencia de una decisión que obliga a la unidad de acción, no es nada más que un conjunto de opiniones particulares. Y la suma de las opiniones individuales *no* es -insisto- la opinión pública.

Resulta innecesario teorizar demasiado. Muchas veces nos habrá ocurrido que, llevando una postura al parecer definitiva, cuando debatimos nuestras razones con una persona extraña que vive otra realidad, y cara a cara, aunque sea vecino de mi comunidad, nos vemos en la necesidad de matizar nuestra posición y dar al otro una cuota de razón. Es, en este juego dialéctico, cuando comenzamos a ser más “razonables” y empezamos a pensar en el bien común. Ni que decir si participamos de agrupaciones políticas, sociales o religiosas en donde sí se puede dar un verdadero debate político.

Así debería ser nuestro voto en las elecciones: el resultado de una meditación en el marco de la comunidad. Así deberían ser nuestras posturas políticas. Más aún: así deberían forjarse los valores políticos comunitarios, porque en el debate público nuestros intereses particulares se ven superados voluntaria o necesariamente por un sentido de razonabilidad y una disposición hacia el Bien Común. En este sentido, no deberíamos tener miedo al debate político aunque sea fuerte y apasionado, si es respetuoso y acepta, al menos, las reglas comunes mínimas.

Pero soy de esta generación. Y no pasarán más de cinco minutos en que me haga la pregunta que sobrevuela por tu mente: ¿Quién de nosotros está dispuesto a semejante “epopeya participativa”? Si de suerte somos capaces de

ir a regañadientes a una reunión de padres convocada por el colegio (en forma cuasi “obligatoria”), no sería sensato abrigar demasiadas esperanzas de un cambio repentino de actitud que volcara a nuestros coetáneos a una participación social y política decidida.

En mi caso, que soy (como dicen en Argentina) un “bicho raro”, he participado en muchas instancias. Y ya conozco el derrotero: primeras reuniones: un grupo nutrido de gente que expresa sentidas declaraciones de por qué se han hecho un tiempo para estar, segundas reuniones: menos gente, poquísimos en la tercera y los mismos de siempre en las posteriores, que son los que suelen seguir.

La cuestión a subrayar es que tenemos un problema. Si la humanidad -sus grandes mayorías- se ha aburrido de la democracia, no participa y si lo hace, son descargos impulsivos desde la comodidad de su casa u oficina, entonces la república no es sustentable en el tiempo.

La posibilidad -en ese marco- que la concentración del poder cercene libertades es tan factible -así lo marca la experiencia histórica- que deberemos ocuparnos si es que queremos mantenerla para nosotros, y para nuestros hijos.

Podría incluir aquí, como dato sintomático, la vergonzosa aquiescencia de Occidente frente a la falta de libertades públicas y democracia en países como China y otros, bajo la excusa de que “por lo menos se han vuelto abiertos en su economía”, pero me sacaría del eje del argumento que pretendo desarrollar. Sólo señalo que si tampoco internamente dentro de estos países orientales es masivo el reclamo por acceder a la democracia, en un plazo cercano terminarán siendo otros miles de millones que se suman a la indiferencia globalizada. Nosotros por desilusión; ellos por desconocimiento. Lo último que sucedió en los países árabes podría significar una esperanza. Pero tengo la impresión de que, luego de las revueltas, allí la última que triunfará será la democracia en el sentido real del término.

4. Nuestro futuro en el Capitalismo

El segundo pilar (como no podía ser de otra manera) debemos buscarlo en la esfera de lo económico. ¿A quién no inquieta avizorar un escenario de alta concentración económica en un segmento cada vez más pequeño, si la tendencia continua como ahora se vislumbra? Y no digo por causas injustas, conspiraciones o políticas inadecuadas. Sino por el simple hecho que la complejidad del mundo por venir haga que la barrera mínima para no ser un marginal sea cada vez más alta. Y la competencia, fulminante, en un nivel de capacidades intelectuales y de decisión así como de manejo de información al que sólo puedan acceder unos pocos privilegiados.

No soy amigo de las teorías apocalípticas, todo lo contrario. Tengo esperanzas respecto a la ampliación de lo que se ha denominado la “clase media”, a nivel mundial, por la accesibilidad cada vez mayor a productos, servicios, capacitación, viajes y tecnología, como ya lo insinúa el mercado actual. Pero si los integrantes de esta clase media -a la que pertenecemos la mayoría de los destinatarios de esta carta- aparecemos ya ahora como anestesiados por un estándar de vida aceptable, aunque inestable, y el efecto estupefaciente de esta plataforma nos deja muy pocas ganas de ser protagonistas de un crecimiento como ciudadanos ¿qué nos espera en el futuro? Si el universo de la clase media se extiende, también lo hará la anestesia.

Es curioso que diversos autores ya advirtieran este desafío mucho antes de que fueran tan evidentes como lo son hoy. En el año 1968 Zbigniew Brzezinski escribía “En la sociedad tecnocrática, el rumbo al parecer lo marcará la suma del apoyo individual de millones de ciudadanos incoordinados que caerá fácilmente dentro del radio de acción de personalidades magnéticas y atractivas, quienes explotarán de modo efectivo las técnicas más recientes de comunicación para manipular las emociones y controlar la razón”

Pero como ya hablamos de la falta de participación política, en este segundo pilar prefiero concentrarme en una cuestión más profunda. Ese malestar

mencionado no sólo tiene que ver con los problemas públicos. Es un malestar más estructural y sus raíces calan muy hondo en la percepción de nuestra propia existencia. Para llamarlo de algún modo rimbombante, pero no exento de exactitud, diría que es un malestar frente a las “contradicciones del Capitalismo”.

Sé que estoy entrando en terreno sinuoso. Porque los que defendemos la libertad, generalmente nos mostramos muy proclives a que el Capitalismo siga vigoroso su “camino triunfal”. Pero en el fondo, somos conscientes de sus presiones y sus falencias.

A las pruebas me remito. ¿Somos felices viviendo sometidos a la optimización, la racionalización y la eficiencia económica, añorando escapar cada vez que podamos hacia el otro extremo: un mundo de sensaciones hedonistas que no tenga reglas ni valores?

De día, sometidos al principio radical moderno de la producción, que todo lo homologa y lo masifica. Un mundo dominado por la razón instrumental en el que las posibilidades son contadas: ser un “homo sapiens” competitivo mientras la suerte te acompañe, o conformarse con un modesto status de “homo faber” eficiente si el destino te juega una mala pasada (y se la juega a muchos).

Luego del trabajo, ansiosos por recluirnos en nuestro inconmensurable ámbito privado, íntimo o intimista, buscando la sensación inmediata, el placer, las imágenes (aún aquéllas sin sentido como las que nos arroja un televisor sometido a un zapping frenético).

Tenemos a demasiados hombres y mujeres de nuestra generación que son *yuppies de día*, *hippies* de noche o que quisieran ser ambos, o aparentan serlo, o cada vez que pueden (porque algunos ya casados o en pareja se muestran tranquilizados) se destapan en una u otra faceta, con una actitud que sorprende hasta a los más cercanos.

No es saludable vivir así. Teniendo a lo económico como principio rector de todas nuestras acciones que excedan lo familiar y lo íntimo. Nuestras posiciones sociales se acotan y en definitiva todos somos compradores o vendedores de algo que debe cumplir con las exigencias del mercado. Estoy seguro que, como a mí, a ti tampoco te termina de convencer que tengamos que cambiar la computadora y el celular cada año y medio, ni que los resultados de tu trabajo deban ser “optimizados” un 10% cada ejercicio. ¿Quién nos metió en semejante dinámica?

El derrotero de esta contradicción viene de lejos, aunque ahora se haya expuesto con mayor crudeza. Ya Erich From en 1970 nos hablaba de una encrucijada: “Un espectro anda al acecho entre nosotros y sólo unos pocos lo han visto con claridad. No se trata del viejo fantasma del comunismo o del fascismo, sino de un nuevo espectro: una sociedad completamente mecanizada, dedicada a la máxima producción y al máximo consumo materiales y dirigida por máquinas computadoras. En el consiguiente proceso social el hombre mismo, bien alimentado y divertido, aunque pasivo, apagado y poco sentimental, está siendo transformado en una parte de la maquinaria total.”

En nuestro caso, no son sólo objetos o servicios, también valores, conocimiento, sonrisas, partes de nuestro cuerpo y hasta la personalidad... todos somos, en definitiva, clientes de los otros y los otros míos. Vivimos aspirando a aumentar nuestra propiedad y a envidiar lo que otros tienen. Y cuando lo tenemos, vivimos angustiados por el stress que produce evitar perderlo.

No es extraño que, sometidos a semejante presión, en nuestros ratos de ocio lejos de sentir el llamado a cumplir con nuestro “destino como generación”, salgamos corriendo a saquear el almacén mundial de sensaciones para engullir cualquier estilo que se encuentre, en la intimidad de nuestro mundo privado, bajo la consigna de que nada está prohibido y todo debe ser explorado.

Si alguien tenía la ilusión que el modelo europeo de *bienestar laboral*, con pocos días a la semana de trabajo y mucha cobertura estatal, pudiera ser el horizonte “liberador” de estas tensiones al cual aspirar, las crisis actuales que obligan a recortes y revisiones de este tipo de “exquisiteces sociales” en el viejo continente, abortan cualquier fantasía de una extensión a escala mundial de dicho estado-de-bienestar. Todo lo contrario.

Por supuesto hay que ser cautos a la hora de las generalizaciones, porque son siempre peligrosas. También hay personas de nuestra generación que profesan con palabras y con hechos una unidad de vida, con valores humanos elevados como la medida, el recato, la autenticidad, la austeridad, la solidaridad, tanto en el trabajo como en su ocio. Pero aún ellos sienten este malestar por la presión continua de desdoblarse su personalidad en dos esferas contradictorias del capitalismo que he descrito, aunque soporten estoicamente la tentación de seguir la tendencia.

Racionalismo y hedonismo: creo que los de mi generación entienden bien de lo que estoy hablando -esta contradicción contemporánea- porque es parte de nuestra realidad cotidiana y de nuestras vidas. Y aunque algunos pretendan presentar como un triunfo el hecho de escalar en la pirámide del capitalismo y de tener cuanta novedad nos haya vendido el mercado, pero al mismo tiempo el habernos dado el gusto de viajar, emborracharnos y disfrutar de “mucho sexo”, en el fondo, todos sentimos que algo hemos perdido en el camino.

Allan Bloom es muy agudo en este sentido, cuando analiza la actitud de los jóvenes en *El cierre de la mente moderna*: “Hay una cierta retórica de autorrealización que da una pátina de encanto a esta vida, pero todos pueden darse cuenta de que no hay nada especialmente noble en ello. La lucha por la supervivencia ha substituido al heroísmo como cualidad digna de admiración”.

Aquí tenemos entonces nuestro segundo problema. Una especie de “bipolaridad” que se suma a nuestro escenario esquizofrénico vivido en estos últimos 20 años.

Si de alguna manera sentimos que tenemos ya los anticuerpos suficientes para soportarlo hasta el final de nuestros días, a nadie le gusta la perspectiva que estamos dejando a nuestros queridos hijos.

Probablemente ellos están mucho más esterilizados, sea porque algunos ya desde la adolescencia eligen una cara de esa bipolaridad (y se pasan el día encerrados en su habitación buscando sensaciones en sus computadoras o en sus *play station*) o porque eligen la otra (y se pasan 12 horas al día estudiando, como lo hacen algunos estudiantes de Asia, para no reprobar el examen que le asegurará el status social y laboral anhelado) Pero aún esta perspectiva no deja de inquietar y debería movilizarnos a hacer algo.

Un párrafo más respecto a este segundo desafío “económico”. En mi faceta como político defiendo cada vez que puedo el escenario de las PyMEs (Pequeñas y medianas empresas) y vaticino para ellas larga vida y fortaleza. En verdad creo que mientras las PyMEs existan en los diversos países, esta dualidad esquizofrénica a la que nos somete el capitalismo será moderada por el vínculo humano que se generan en estas unidades económicas. Pero confieso que hay mucho de voluntarismo en mi perspectiva. Porque el ingreso a la economía mundial de los gigantes asiáticos y su economía de escala, es una espada de Damocles sobre estos formatos.

Lamento decir aquí la verdad: preveo un mundo de grandes compañías internacionales en todos los rubros incluyendo los más insospechados en las que la gran mayoría seremos empleados de diversos rangos. Si eso ocurre, entonces, nuestro segundo problema, querido amigo, es un problema grave.

5. Las tensiones entre libertad e igualdad

El tercer pilar de nuestras libertades públicas, está peleando sus propias batallas en el ámbito de lo social. En este sentido, estoy convencido que parte de nuestro “relato” tiene que volver a conectarse con las personas actualmente marginadas y que quedarán excluidas, no importa cuál sea el escenario. ¿Qué

sucedió con los hombres y mujeres de nuestra generación que en estos 20 años vivieron en la pobreza absoluta y han llegado a sufrir hambre? Ellos tienen muchas cosas para decir.

Los fenómenos de clientelismo y explotación que se han producido y se producen en todos los rincones del mundo tenderán a potenciarse. Esta es una hipótesis a considerar seriamente, si queremos forjar una visión realista del porvenir social. Los fracasos en la inversión social que hacen los países subdesarrollados y en desarrollo (y que aglutinan a la mayoría de la población mundial) es un dato en el análisis que no puede ser subestimado.

Pero lo que más me preocupa -amigo- es algo previo, algo casi vinculado a los sentimientos. No es mi intención ponerme “sentimental” y por eso voy al grano: me entristece ver que nuestra generación -a medida que pasa el tiempo y aumenta el desarrollo- vive, respecto de la pobreza estructural, una especie de resignación que lleva a muchos a catalogarlos como *irrecuperables*. Algunos lo dicen, otros lo callan, pero la mayoría lo siente. Tal vez en este aspecto haya calado más hondo el escepticismo.

Generaciones anteriores se conectaron con sus “hermanos pobres” por múltiples razones: amor, solidaridad, por ideología, por utilitarismo o por esnobismo. Pero al menos se conectaron. Hoy tengo la impresión de que nuestra generación, al ver que el problema social es tan difícil de resolver, decidió dar la espalda y hacer como que no existe.

No me mientas: dime cuántos pobres han quedado visibles desde tu residencia, custodiada probablemente por algún tipo de vigilancia privada, tu ruta hacia el trabajo, el colegio de tus hijos, los lugares donde comes afuera o sales a tomar algo, donde veraneas o haces deporte. Si por esas casualidades hay todavía alguno o varios que te interceptan en el auto para limpiar tu vidrio, o se meten en tu restaurante... ¡ ya quisieras que alguien los corriera, para que nadie te recuerde que esa realidad sigue siendo una deuda pendiente, no tuya

(porque nada malo has hecho para contraerla), pero sí como generación. Una llaga abierta. Que debería dolernos.

Nuestros hijos adolescentes o jóvenes -la próxima generación- están recibiendo este mensaje. Tal vez hayamos sido más eficaces en transmitirles nuestra adhesión al espíritu ecologista, que en nuestra juventud fue germinal y ahora es una convicción instalada y generalizada, que el milenarismo mensaje de que ese hombre que sufre miseria es el prójimo.

Un profesor de colegio público me señalaba hace un tiempo: “nosotros de chicos al menos jugábamos a la pelota con los niños del barrio marginal de al lado. Había un cierto temor de que al final terminaríamos a las trompadas, pero lo hacíamos. Ahora el único contacto que tiene un joven de nivel socioeconómico alto con uno bajo, tal vez sea sólo para comprarle la droga a la vuelta de la esquina para consumir en su próxima salida.” Probablemente sea una observación exagerada, pero ilustrativa.

¿Podemos imputar a nuestros hijos que se sientan más “próximos” de todos los amigos y conocidos que tienen en su *facebook*, diseminados incluso por el planeta, que de aquellas personas sin recursos que viven en su misma ciudad? ¿Acaso nosotros nos sentimos ligados al destino de esos vecinos con problemas como para poder transmitirlo, enseñarlo?

Aquí nuestro relato debe incluir necesariamente el cansancio que nos ha producido las representaciones de los trabajadores y de los desocupados. Hemos crecido viendo a los sindicalistas complicarnos la vida de todas las maneras posibles, avasallando nuestros derechos por defender los suyos, como estudiantes, como usuarios del transporte, como contribuyentes de la administración pública, como conductores de un vehículo que debió desviar su ruta por una manifestación.

Salvo cuando estamos involucrados en forma directa, su forma de conducirse nos irrita, hasta el desprecio. Otro tanto con esos dirigentes populares,

(piqueteros se los llama en mi país) con su discurso ideologizado que espanta mentiras, resentimientos, inconsistencias y contradicciones. Ellos también nos han cansado.

Pero la pregunta que no podremos responder es: ¿alguno de nosotros se puso en la tarea de levantar la voz por los que están debajo de estos nefastos dirigentes? ¿Alguno de nosotros se puso el sayo de representarlos? ¿Ser la voz de los que no tienen voz? Las excepciones que podamos encontrar, confirman la regla.

Lo más difícil tal vez sea, separar la bronca que uno acumula con estos dirigentes corruptos y toscos, de la empatía que deberíamos desarrollar con nuestros hermanos sin recursos que no eligieron vivir así. Corregir esta distorsión vale la pena.

A mí mismo me ha ocurrido responder en forma casi espontánea, con inusitado resentimiento: “¡vayan a laburar!” después de escuchar los fundamentos fríos y calculados de estos activistas que justifican cortar las calles, romper el mobiliario del espacio público luego de una movilización o arrojar piedras a la policía. Pero no es lo mismo cuando uno conversa con gente humilde de las barriadas más pobres, aún sabiendo que no trabajan, pero asumiendo que las causas son mucho más profundas y complejas que la supuesta “vagancia”.

En definitiva los pobres y marginados de nuestra generación tienen mucho para decir a nuestro relato, pero habría que ver si estamos dispuestos realmente a escucharlos. Si somos capaces de comprender -con la razón y con el corazón- que nadie está contento en la situación de pobreza, por más subsidios y planes sociales que puedan acumular. Todos los seres humanos tenemos esa ambición sana por mejorar nuestra calidad de vida y la de nuestra familia a través de un trabajo digno.

Hay tres facetas por las cuales deberíamos volver a conectarnos con las personas de nuestra generación que no tuvieron la misma suerte que nosotros. Dos son conocidas, pero la tercera la aportaré con cierto carácter original.

La primera faceta es moral. No me extenderé mucho aquí, porque sé que has recibido el mismo mensaje que yo desde tu infancia: “si sólo ayudas a los que te quieren ¿en qué te diferencias de los ladrones? Y si sólo haces el bien a los que pueden devolverte la atención de alguna manera ¿Qué tienes de distinto con la gente mala?” La necesidad de “amar al prójimo como El nos amó” o si no nos da el corazón para tanto, al menos “no hacer a los demás lo que no nos gustaría que hicieran con nosotros” son máximas que no nos pueden resultar indiferentes, sin importar a qué código ético o religioso adscribamos. Sin embargo, está visto que la solidaridad no está “de moda” entre nuestra generación y sólo la cultivan unos pocos.

Podemos observar la cuestión también desde el otro extremo: una mirada egoísta inspirada por el más puro utilitarismo. ¿Cuántos alambrados, centinelas privados, autos con vidrios tonalizados, animales guardianes, alarmas y sensores, cámaras y gas paralizante podremos acumular durante los próximos 50 años, sin encargarnos de que esa gente con la que pretendemos tomar distancia, tenga lo básico suficiente como para no venir a sacárnoslo a nosotros por la fuerza? No aguantará el sistema jurídico para defender la propiedad privada, ni las fuerzas de seguridad para custodiar nuestro bienestar diferenciado de la gran mayoría, ni podremos encerrar a nuestros hijos en un cubículo para que no sufran violencia en la vía pública mientras son “libres”. Necesariamente tendremos que enfrentar el desafío político de garantizar a esas mayorías las oportunidades que a nosotros nos sobran y que a ellos les faltan. Esta segunda faceta podríamos resumirla en forma muy directa e incluso agresiva, del siguiente modo: si no te vas ocupar de ellos, ellos se ocuparán de ti.

Pero la tercera faceta es -a mi modo de ver- la perspectiva más original. Una convocatoria generacional a la acción pública que no tenga en cuenta a la

pobreza morirá antes de nacer, por falta de grandeza. Grandeza tanto en la extensión de la convocatoria cuanto en la profundidad de la utopía movilizadora.

En este sentido, quiero confesarte amigo, que me entristece ver a varios de los nuestros que en algún momento se enojan con el sistema, se llenan de espíritu militante pero se encajonan en convocatorias por cuestiones tan pequeñas, tan coyunturales, tan cercanas a su problemática particular, que se asemejan a la espuma que genera el mar y que desaparece cuando la ola se retira.

Cuántas de estas convocatorias te habrán llegado por facebook, por twitter o por mail, tanto de amigos como de desconocidos: “Hagamos una movilización para que bajen los impuestos” o consignas como éstas. Reuniones en los barrios residenciales con vecinos de nuestra edad, enfurecidos porque la Municipalidad no cuida el alumbrado público de su barrio (privilegiado en todos los demás detalles), ciudadanos que -al menos en mi país- tocan la bocina de sus autos costosos en rebeldía porque en las autopistas le cobran peaje...

No digo que no deban existir personas que defiendan esas causas (quien soy yo para decir semejante cosa). Sólo digo que una generación debe ser recordada y evaluada por empresas políticas de mayor grandeza, y esto incluye necesariamente a los pobres. Una opción preferencial por los que menos tienen.

En la misma línea, cualquier convocatoria generacional a defender la libertad por más “épica” que pueda intentar ser, tendrá ese olor a “defensa de la libertad-de-un-sector” si no somos capaces de combinarla con una lucha frontal contra la desigualdad generalizada. Contra el hambre de la humanidad.

Sería una picardía promover la cultura de la participación y el protagonismo, pero ser indiferentes respecto al acceso a las oportunidades. Exigir respeto por todos los derechos y libertades, pero negarnos a revisar porqué a algunos no se les está garantizando el derecho básico al alimento y la vivienda.

6. El ethos de nuestra generación

Creo que a esta altura de la carta, puedo ir a lo que considero el corazón de nuestro problema, sin mayores rodeos.

¿Es posible una reacción contundente de nuestra generación si no hacemos resurgir de nuestras entrañas, ese fuego que moviliza a grandes grupos de personas a hacer cosas extraordinarias -las que dejan huella en la historia- a dar la vida por causas que nos trascienden, aún sabiendo que podríamos morir sin saber si son reales o puras entelequias?

Semejante impulso colectivo no lo motivan, ni los grandes desafíos descritos, ni las acechanzas de males peores, ni conclusiones racionales o cálculos utilitarios. Se trata de sentimientos, impresos a fuego en el ADN de una generación, que luego hacen realidad -en su acción colectiva- una catarata de causalidades (o casualidades) históricas a las que le suman su propia creatividad y por supuesto una buena cuota de acontecimientos fortuitos y de errores (porque es una verdad histórica que cada generación vuelve a cometer los mismos errores una y otra vez).

Al final de cuentas, hacer que el mundo siga su marcha, no cuesta mucho. Pero hacer que el mundo avance en la dirección correcta, aunque sea unos centímetros, es una empresa enorme en la que se nos puede ir la vida entera.

¿Por qué razón está dispuesta a dar la vida nuestra generación? Entiendo que, al igual que yo, darías la vida por tu familia. Pero ¿hay algo más? Porque es en ese “algo más”, que comienza a haber sustancia no ya sólo para un relato mancomunado, sino además para un verdadero proyecto.

O si se quiere: ¿cuán extenso queremos que sea ese legado que pretendemos dejar a nuestros hijos? Porque una generación fue a la guerra, para dejarle a los descendientes el honor y la dignidad del que luchó por su país; otra peleó por la libertad, otra por la democracia, otra por la formación del Estado

Moderno, otra por los derechos sociales, otra para terminar con la discriminación entre blancos y negros, otra supo luchar por la igualdad entre hombres y mujeres, otra -equivocada o no- luchó por la “imaginación al poder”, por la revolución, por la razón, por la tolerancia religiosa y cultural, por el “orden y el progreso”, la “civilización del amor”...

En nosotros ¿hay alguna fibra de nuestra conciencia moral común suficientemente tonificada como para generar un impulso sustentables en el tiempo? Al igual que vos, tengo la inquietante impresión de que nuestra generación ha llegado al momento crucial de la vida, en términos de producción de transformaciones históricas que puedan servir como legado, sin suficiente “chispa” en el corazón, sin sentimientos de trascendencia que sólo un impulso moral puede brindar.

¿Entonces para qué esta carta? podrías preguntarme. ¿Qué sentido tiene? ¿Para qué estropear esta dulce indiferencia? ¿No es luchar contra molinos de viento? ¿no es acaso una causa perdida desde el inicio?

Es que estoy convencido que no nacimos y crecimos vacíos de moralidad pública, ni de conciencia de generación marcada por un destino. La tenemos, pero escondida, adormecida, pisoteada, avergonzada. Y tengo la impresión de que es cuestión de remover las cenizas para que aparezcan las brasas de nuestro “fuego sagrado”.

Como señalé al principio, somos, tal vez, la última generación viviente de Occidente, que fue parida con una voz interior que no se contenta con ser sólo buen padre, buen empleado o buen empresario, buen profesional y buen amigo, tirar el papelito en la basura, respetar las velocidades máximas en la ruta y usar poca agua al ducharnos para ayudar a la sustentabilidad del planeta. No sé en cuál recoveco de nuestra alma se escuchará esa voz interior, que no es individual sino generacional, pero estoy seguro que todavía tenemos una vocación (no manifiesta aún) de producir cambios.

Lo sé porque recuerdo cómo la maestra del primario nos habló de los próceres de nuestros países (ahora también les hablan a los chicos, pero ellos ya no las escuchan). Porque crecimos viendo películas donde los “buenos” derrotaban a los “malos” no sin esfuerzo. Porque nuestros abuelos nos llevaron a los desfiles y flameamos nuestras banderitas con orgullo. Y porque ese comienzo de relato que ya propuse, vino después de todas estas anécdotas (y tantas otras que podría sumar) que nos forjaron como personas y también como generación y que hicieron que “la visión trascendente de Occidente” se imprimiera en nuestras células.

¿De qué sentimiento estoy hablando (a ver si podemos buscarlo aunque sea en el baúl de los recuerdos)? No podría ser un sentimiento de deuda u obligación, porque los compromisos asumidos por obligación no duran mucho tiempo. En ese sentido, posiblemente sea un error haber hablado de “carga de conciencia”.

Esto es más parecido al amor, que nos hace permanecer con nuestra pareja a lo largo de la vida -despertarnos al lado de ella todas las mañanas- formar una familia y soportar lo que se viene (la prosperidad y la adversidad). Reconoce orígenes similares: la pasión incluso irracional de los primeros momentos, atracciones y elucubraciones que sólo experimentan los enamorados, pero que luego echa raíces, se estabiliza y se hace más profundo y más fecundo (no debatiré aquí con los que piensan que en verdad el amor desaparece con los años y lo único que queda es la costumbre y la rutina)

El impulso moral de una generación es también una pasión. Una pasión combinada con un conjunto de ideas aventureras sobre hacia dónde debe ir la humanidad. Pasión e ideas (muchas de ellas insensatas) luego pasan por el tamiz de la formación, los matices de la vida, los golpes que nos dan los años de calle y trabajo y que nos preparan para cuando llegue el momento de la acción para la que fuimos llamados. No podría faltar -al igual que en el amor- una dosis importante de sana irresponsabilidad puesto que, si debiéramos

esperar a tener perfectamente en claro qué hacer ¡ya no tendríamos la edad adecuada para hacerlo!

No hay que negar que también se mezclen sentimientos menos honorables: la adrenalina que buscan las personas de acción, más allá del resultado final que se logra e incluso del propósito que lo motiva (la adrenalina de la acción misma), la vanagloria y la sed de figuración y poder, la competencia con referentes de la otra generación y la intención de desplazarlos de los podios de autoridad...

Recuerdo cuando el más aguerrido de los pocos compañeros de “lucha política” que he tenido, me reconoció (como con vergüenza) que también aprovechaba los contactos que hacía en este ámbito para vender seguros, que era su sostén económico. “Lo bien que hacés” le dije, consciente que sería ilusorio exigir vocaciones públicas completamente neutrales de matices personales.

Lo que quiero remarcar, querido amigo, es que si no estamos enamorados de las ideas que alguna vez nos enamoraron y mantenemos la calentura de “acostarnos con ellas”, entonces será difícil que nuestro compromiso histórico supere viento y marea y que nuestra tarea generacional obtenga resultados palpables.

7. ¿Qué nivel de compromiso se requiere?

Esta disquisición hecha sobre la naturaleza del impulso moral, sirve, para remarcar que no será suficiente nuestra conducta “correcta” como ciudadanos y como personas para dejar huella como generación y honrar nuestra libertad heredada. ¿Seríamos capaces de responder a nuestra pareja que nos increpa por la frialdad con la que encaramos una relación en crisis diciendo “hago todas las tareas encomendadas, no se qué más quieres de mí”? Seguramente ella nos diría: “eso es bueno pero no suficiente. Necesito que te juegues y

entregues tu vida a esta relación”. Pues eso necesita el mundo y la historia de nosotros.

Probablemente aquí deje a muchos en el camino (el camino que pretende abrir esta carta). Porque hay un número importante de miembros de nuestra generación que ha asumido la obligación de hacer bien lo que les corresponde en los ámbitos dónde se desenvuelven y está convencido que ese esfuerzo ya es bastante.

En efecto, no es lo mismo pagar los impuestos que no hacerlo, darle un dinero indebido a un funcionario a cambio de un favor o no dárselo teniendo la oportunidad, ganar nuestro sostén económico (o nuestro ascenso) por derecha, tener a todos nuestros empleados en blanco como señala la ley, incluso dar una contribución periódica a alguna causa de beneficencia aunque nadie me lo exija, hacerme cargo voluntariamente de coordinar el equipo de fútbol de los sábados en el que participa mi hijo, o darle la oportunidad a ese joven inexperto que me pide trabajar en mi oficina, aunque no tenga obligación alguna...

Felicitaciones para los que -al menos- se juegan hasta ese punto. Pero con ellos no resolvemos el problema de lo público. No encaminamos lo estructural hacia el horizonte que hemos soñado y por lo tanto, no dejamos huella. Se que es emocionante escuchar a los que dicen: “si cada uno de nosotros hace bien lo que nos corresponde, el mundo cambiará”. Pero vos y yo sabemos que eso no es cierto, al menos porque es imposible que ocurra mientras millones de personas ni siquiera tengan acceso a una educación correcta.

Es la misma discusión que tengo con los padres que no quieren participar de las acciones públicas para torcer el consumo masivo e indiscriminado de alcohol en nuestros hijos. “Con que cada uno controle al suyo, suficiente” me dicen. Pero no lo es. Necesitamos miembros de nuestra generación que se arriesguen por las causas públicas de una manera extraordinaria.

¿Eres de los que llegan hasta aquí pero hacen un paso al costado? Podría pelearme contigo con esta sola pregunta: ¿no será que esa falta de tiempo que decimos sufrir para encargarnos de temas que excedan nuestro círculo cercano de preocupaciones, está justificado por un *ethos* absolutamente deformado de nuestra cultura generacional? Digo: ¿y si hacernos cargo de que lo público avance (con todas las horas y recursos que ello requiere y aún quitándole tiempos esenciales a nuestra propia familia y trabajo) fuera tan constitutivo de la definición de “vidas íntegras” o virtuosas como lo es hoy acompañar a nuestros hijos a sus actos escolares, o hacer el necesario ejercicio físico, los análisis de colesterol o tener tiempo para estar con nuestros amigos, o estudiar inglés? Piénsalo por un momento...

Sin embargo, no quiero pelearme contigo, porque necesitamos sumar. Prefiero quedarme con los que están dispuestos a hacer algo más. ¿Estarás tú entre los activistas sociales que además de hacer lo correcto, dan su tiempo a una ONG, una parroquia o templo, una cooperativa, una comisión? Posiblemente, si estás leyendo una carta de este tenor es porque tu vida ya tenga incorporada una veta militante en algún grado con el esfuerzo que ello significa. Como mínimo estoy seguro que tu computadora, tu facebook o tu twitter tienen más de una consigna de 140 caracteres, tomando posición sobre temas políticos, sociales, económicos, ambientales o morales.

Quiero decirte que si existe un cielo más allá de la muerte (o algún tipo de premio trascendente) no tengo la menor duda de que ya te lo has ganado. En muchos países (como el mío, por ejemplo) los activistas sociales no somos más que un pequeño porcentaje no mayor al 9% de la población.

Pero no llegué hasta aquí para ser demagogo. Creo sinceramente que la acción del voluntariado, está llamada a resolver mil y un problemas con sus objetivos enfocados en un punto específico (similar a la lógica de las hormigas o las abejas). Creo también que hay una Fe en que la suma de todos los esfuerzos parciales de las miles de organizaciones que componen la Sociedad Civil logrará torcer los problemas estructurales a los cuales hemos hecho

mención en esta carta, y que esa Fe se ha ganado un lugar en el ideario de nuestra generación. Es incluso, lo más cercano a la pasión generacional de la que hablé.

La verdad empero debe ser dicha. Si no logramos que haya al menos un porcentaje de activistas de nuestra generación, honestos y capaces, con un impulso moral similar en naturaleza pero todavía más intenso, dispuestos a batallar desde la arena de la política, con ambición de ser estadistas, se nos pasará nuestro tiempo, sin dejar verdadera huella.

Como vos, creo en las ideas que promueven el protagonismo de la gente y el fortalecimiento de la Sociedad Civil, en el marco del principio de subsidiariedad (quiero que eso quede claro). Pero si dejamos de lado los discursos voluntaristas, advierto que en la mayoría de los países del planeta, los cambios y las reformas pendientes -para bien o para mal- todavía se realizan desde el Estado a través de un uso eficaz de su inmenso poder económico, de estructura e incluso de coacción. Y esto nos exige necesariamente a los miembros de nuestra generación hablar de política. Más que eso: hacer política, ganar elecciones y gobernar.

Aún para los que soñamos que nuestra generación sea recordada por aumentar exponencialmente los grados de libertad de nuestros pueblos, sobre la base de la educación y el acceso a oportunidades, y que el Estado cada vez tenga menos incidencia en el devenir de nuestras sociedades, las reformas que pueden hacer eso posible, provienen de decisiones estructurales de lo político.

¿Quiénes de nosotros estamos dispuestos a adentrarnos mar adentro en semejante océano? Ya no necesitamos cientos de miles, ni decenas de miles, ni miles, ni cientos. Sólo un puñado de dirigentes en cada país, con potencial de liderazgo público, dispuestos a impulsar un proyecto político de carácter generacional, y de escala global.

Te agradezco tu respetuoso silencio, querido amigo, en señal de que respetas el esfuerzo que estoy haciendo por convencer a una generación como la nuestra. Aunque sé que detrás de ese silencio, sigue dominando el escepticismo y no guardas la más mínima esperanza de que los hombres y mujeres de nuestra edad pudieran, de repente, apasionarse y encarar el desafío de cambiar el mundo y mucho menos desde lo político.

Si tuvieras la oportunidad de hablar, seguramente me agregarías que desconfías de los que se sumen a una convocatoria de este tipo, porque probablemente sean “perdedores” que les sobra el tiempo porque no lo están canalizando como corresponde en su trabajo o profesión. O resentidos anti-sistema que los hay por doquier, o peor aún, personas que tienen directamente otra moral y que te molestaría hicieran de su visión distorsionada una “causa generacional”.

No te preocupes. En mi caso no pretendo a esta altura descubrir dirigentes entre nuestras filas ni forzar a nadie a que lo sea sin intención. Si lo eran ya lo son, aunque seguramente con distinta suerte respecto al éxito o fracaso en la tarea de insertarse en la vida pública. Sé que hay personas de nuestra edad, que ya han sido forjados, a golpes, en la necesaria prudencia política, el don básico y esencial de cualquier dirigente público.

Se que existen, pero como yo, están dispersos, fragmentados, sin proyecto estratégico concreto, enfrascados en la pelea política táctica de la supervivencia diaria, tratando de salvar sus carreras políticas personales. No estoy hablando de los que toman la senda política para hacerse ricos en forma corrupta. Hablo de los que tienen verdadera vocación.

8. ¿“Quo Vadis” generación de entre-siglos?

A alguno podría venirle a la mente la parábola de los talentos, frente a esta categorización de compromisos que he realizado. ¿Cuántos talentos hemos recibido? ¿Y cuántos vamos a devolver al final de nuestras vidas? No sea que

creyendo que devolviendo cuatro ya estamos honrando nuestra existencia, cuando en verdad lo que se esperaba de nosotros eran diez.

Pero insisto en que la reacción no puede ser impuesta (al final de cuentas en esa parábola el dueño de las monedas no les dejó mucho margen de elección). Si tuviera que elegir un pasaje para motivar a los que tienen Fe y detrás de ella se movilizan -sin caer en lugares comunes- probablemente haría foco en el momento en el que el viejo San Pedro, advertido de que lo buscan en toda Roma para darle muerte, al final de su sacrificada vida entregada completamente al evangelio, se llena de temor e intenta escapar de su destino. Pero Jesús, al parecer, lo intercepta en el camino y con todo amor le dice: “¿*Quo Vadis?*” (¿A dónde vas Pedro?) No hizo falta más. El apóstol volvió a Roma y fue colgado cabeza abajo enamorado por la causa en la que había creído y con la que había crecido. ¿“*Quo Vadis?*” generación de entre-siglos? podría haber sido un buen título para este ensayo.

Está claro, de todas formas, que no es una buena estrategia que el pábilo para “despabilar” a nuestra generación, y mucho menos a sus potenciales dirigentes, sea encendido desde lo religioso. A esta altura del desarrollo de nuestra civilización (occidental al menos) el que pretenda abrirnos los ojos a los que empezamos a peinar las primeras canas, tendrá que esforzarse por no meter a Dios, al menos en forma explícita.

Podríamos discutir si empezar una epopeya generacional con ese tipo de prejuicios no le da a nuestro proyecto una falla de origen, pero sería abrir demasiados frentes al mismo tiempo. Hay un tema que sí debe quedar abierto: supongamos que dejamos afuera a Dios para promover un espíritu de tolerancia democrática ¿Podemos dejar sin embargo afuera al hombre?

Me explico mejor: me estoy preguntando si el impulso moral puede ser posible sin un verdadero “amor al hombre”. Si es suficiente con la pasión y las ideas llevadas a la realidad, por un grupo enorme de nosotros o por un puñado. Esto sí que puede marcar nuestro éxito o fracaso. Temo que nuestra generación no

esté suficientemente enamorada de la humanidad, no como colectivo sino como amor a lo humano; amor al hombre, a sus logros, su historia, su cultura, su lucha y también sus miserias y sus “zonas erróneas”. Amor -en definitiva- a nosotros mismos, pero no como suma de individualidades vinculadas circunstancialmente, sino en cuanto “nosotros” frente a un destino común.

Probablemente por esa falta de amor, nos falta Fe respecto a que esta humanidad logre trascender a sus propios problemas. Y entonces las banderas que esperan ser levantadas, se vuelven trapos sin contenidos.

Al final de cuentas, no hay amor a la libertad en abstracto. Tiene caras, nombres y apellidos, un pueblo que nos interpela. Lo mismo el hambre y la injusticia. Me pregunto si incluso Dios no se convertiría en una idea demasiado abstracta como para impactarnos en el corazón si no existieran hombres y mujeres a los que amamos. Y a través de ellos nos hacemos una “imagen y semejanza”. En nuestro caso, ni lo uno ni lo otro logra conmovernos.

Tal vez esta carta debería haber empezado por allí. ¿Cómo está tu Fe en el hombre por estos días? De la respuesta que finalmente demos como generación decanta todo lo demás.

Asumo que tienes -como yo- un listado enorme de personas que te han decepcionado y un listado muy pequeño de los que te han sorprendido gratamente. Que tu desconfianza hacia los hombres ya no nace de planteos *hobbesianos* sino de tu propia experiencia de vida.

En este sentido, tal vez fuera más sencillo incorporar a Dios en nuestro relato y en nuestro proyecto, para poder volver a ver a nuestros semejantes como algo más que “habitantes del mismo planeta”, sentirnos hermanos con ellos y volver a despertar pasión por la que probablemente sea la más fuerte de todas las ideas: que vale la pena morir por ellos, pues esa entrega, tiene recompensa. “El que pierde su vida, la ganará y el que gane su vida, la perderá”. Sin esta perspectiva trascendente, se hace difícil ¿no te parece?

9. El proyecto de nuestra generación.

Ya no me quiero extender (tal vez el mail que dejaste de leer en tu black berry hace media hora, en verdad contenía algo importante)

¿Qué podemos hacer como generación por esta humanidad, aún sabiendo que “somos lo que somos”, que nuestro relato nos llena de justificaciones pero no de alegrías y que difícilmente logremos revertir la personalidad de los de nuestra edad, sus fortalezas y sus debilidades?

Yo no tengo la capacidad para decirlo. Me conformo con dejar sentado el humilde mensaje de esta carta: más allá del proyecto que seamos capaces de realizar, me gustaría que seamos recordados por haber hecho un esfuerzo extraordinario, más allá de lo que finalmente logremos.

Probablemente sea un esfuerzo inspirado, no por amores desenfrenados a grandes utopías o a la humanidad toda, sino apenas por la “esperanza del todavía”. Del todavía no caímos tanto como para no poder levantarnos, del todavía no es tan grave la distorsión como para no poder revertirla, del todavía no es tal la destrucción como para que no sea posible la construcción.

La esperanza del todavía es la esperanza que vence al miedo. Es una convicción más básica, pero más accesible. Que “lo mejor aún está por venir”. Que si no somos nosotros quiénes y si no es ahora cuándo. No es amor, pero es ansiedad (de la que vale la pena tener) para seguir sintiéndonos “ciudadanos vivos”. Posiblemente no sea suficiente para que la huella sea tan profunda; como para que nos recuerden dentro de mil años. Pero al menos nuestros hijos se acordarán. Y nos respetarán por haberlo intentado. Y eso tal vez ya sea suficiente desafío.

¿Cuál debería ser el proyecto de nuestra generación? Si tuviera que elegir uno diría que el desafío es construirle referencias a la libertad humana, llegados a este punto del desarrollo. Esa -entiendo yo- es nuestra misión histórica:

consolidar la libertad, honrarla y merecerla, desarrollando una red de referencias públicas para que en forma voluntaria y consciente la mayoría de las personas se decidan por el bien.

Hablo de referencias que no sean impuestas, sino que sean propuestas, pero que tengan la suficiente entidad como para constituir verdaderas alternativas de bien común. Que en la televisión, en Internet, en la calle, en las canchas de fútbol, en los recitales de rock o de música electrónica, en los boliches nocturnos o en las oficinas empresarias, haya motivación suficiente para que el hombre común avance y no retroceda, sea cada vez mejor y no cada vez más vulgar, más crítico, más comprometido, más prudente, más sabio. Pero no por decreto, sino por voluntad propia.

La humanidad está por alcanzar los 7.000 millones de habitantes. A primera vista son demasiados proyectos individuales de realización como para que el bien común pueda ser eficaz en su tarea de sentar las bases. Si a lo público (que es lo común a todos) le atribuimos y le exigimos demasiado poco, los proyectos individuales serán diminutos. Si en cambio, logramos que la base común sea sólida y por sobre todo sea coherente, la plataforma de lanzamiento servirá para que los proyectos no tengan límites.

La civilización del futuro (que nos toca construir en los próximos 30 años) parecería encontrarse hoy ante una falsa encrucijada: dominarla con leyes que se cumplan hasta en lo más privado de nuestra esfera íntima, probablemente bajo regímenes totalitarios y hegemónicos que garanticen orden pero asfixien la extraordinaria diversidad que produce la libertad; o por el contrario, un mundo donde la libertad sea llevada hasta tal extremo de individualismo, que cada vez tengamos más temor de encontrarnos con otro humano por el camino.

Si en estos días hasta resulta difícil autorizar a tu hija menor a que se quede a dormir en la casa de una compañera cuyos padres no conoces (aunque tienen tu misma edad y van al mismo colegio) por temor a que tengan otros valores -o

directamente no tengan valores- y puedan comportarse de una manera inapropiada según tu perspectiva, entonces ¡imaginemos un futuro de realidades globalizadas con libertades a la deriva!

Si algo hemos aprendido los de nuestra generación es a ser tolerantes con los diferentes criterios morales que se pueden sustentar. En esto podemos enorgullecernos. Pero el relativismo en los parámetros de la moral pública (“que cada uno haga lo que quiera incluso en la vía pública, mientras no me moleste”) nos va encerrando en un círculo cada vez más pequeño. A primera vista creemos haber ganado en intimidad, pero en verdad hemos perdido en capacidad de interactuar y aprender del mundo que nos rodea: la naturaleza, nuestros semejantes y hasta la experiencia de la trascendencia que es mucho más rica mientras más compartida sea.

Como contracara, no estaríamos dispuestos a darle a nadie el poder de establecer la moralidad pública, coartar nuestra libertad ni obligarnos a ser de una determinada manera o de otra como personas o como pueblo, porque esa lección histórica ya la aprendimos.

Como señala Alain Touraine: “acabamos de salir de un período de rechazo mundial de los voluntarismos estatales, de las ideologías de tipo autoritario o totalitario, estamos aceptando por el momento esta extrema separación entre subjetividad y la objetividad porque no queremos que nos hablen más del hombre nuevo, de la sociedad nueva, como lo hizo Stalin, o que nos digan Arbeit macht Frei como dijo Hitler. En este sentido, somos liberales: aceptamos que tenemos un miedo tremendo al modelo autoritario o totalitario y a la identificación de la cultura con una nación, con un partido o con una clase social. Estamos aceptando en el momento actual un concepto de masas, como en todos los terrenos, pero al mismo tiempo estamos empezando, en todos los ámbitos, a buscar la manera de evitar una sociedad dualizada y salvaje. Estamos tratando de inventar nuevas formas de control social y político de la economía, estamos tratando de desarrollar un nuevo concepto de nacionalidad, que no sea nacionalista pero que signifique la capacidad para una colectividad

nacional -étnica, lingüística, geográfica- de ser creadora, de transformar una experiencia de vida en significado, en símbolos, en ideas, en afectos. Y ese es el problema.”

Por eso es que sólo nuestra generación tiene real y suficiente conciencia sobre la necesidad de crear un marco de referencias que sea fuerte, pero que pueda funcionar en forma voluntaria. El desafío no es menor: hemos asumido que tenemos que construir una civilización global, donde convivan finalmente occidentales con orientales, vietnamitas con bolivianos y suecos con nigerianos. No podremos “refritrar referencias” como intentan los conservadores, ni revertir las tendencias con charlitas en los colegios o sermones antes de que nuestros hijos se vayan a dormir.

Deberá ser algo nuevo, con escala y fuerza suficiente. Nuevos personajes para admirar, nuevas ideas de vanguardia que combinen lo bueno con lo bello y que presenten lo verdadero no con dogmatismo, sino con matices.

Deberá tener el color de la era electrónica y digital, sus sonidos, la variedad de sus olores y sabores, sus ritmos y su lenguaje. Deberá utilizar lo menos que se pueda el principio de autoridad, pero sin renunciar a fundar razones. Si es sólo sentimiento, será un producto más en el almacén mundial de las sensaciones. Si es sólo razón quedará encerrada en cuatro paredes.

Tal vez lo más importante sea que llegue a tener la fuerza del ejemplo propio, la legitimidad de que hacemos lo que decimos, virtud que tal vez logremos en estos años por venir.

Recuerdo cuando era muy joven y los días de semana lideraba grupos juveniles religiosos. Pero me sucedía que los miembros del grupo me encontraban los sábados con varias cervezas de más en el boliche de mi ciudad. Entiendo que esas contradicciones serán menos frecuentes a esta edad para todos nosotros (¡aunque nunca falta la excepción!)

Tal vez, cuando nos llegue la hora de pasar el “testimonio” a la próxima generación, varias cuestiones hoy debatidas estén completamente superadas y varias barreras morales hayan caído. Pero qué orgullo será para mí que mi nieto decida no drogarse, no porque esté prohibido o legalizado, sino porque ha visto suficientes referencias públicas en su vida como para decidir no consumir, en completa libertad.

Son esas referencias que construyamos las que motivarán a la gente a participar (no la obligarán), las que permitirán convencer que es mejor tener una unidad de vida sin importar si es de día o es de noche, si estás en el trabajo o con tus amigos en una fiesta. Otro tanto en nuestra opción preferencial por los más pobres. Deberá ser eso: una opción y no una ley que te meta la mano en el bolsillo.

Aquí terminan mis reflexiones, querido amigo. A esta altura, espero con todo mi corazón que hayamos generado un vínculo. Te dejo mi correo electrónico en la tapa por si quieres escribirme. Qué bueno sería generar una especie de confraternidad entre los que abrigamos la misma inquietud: intercambiar ideas, experiencias, vernos de vez en cuando en algún lugar del mundo y contarnos los avances y los retrocesos. Hacer un alto en la “lucha”, en el nivel en el que hayas decidido emprenderla. Seguro que no seremos muchos, pero si somos varios...

Y al final de nuestros días, el primero que se muera, que el otro lo visite. Y descubra con alegría que en el velorio uno no está sólo, ni siquiera están sólo familiares y amigos. También están empleados o compañeros de trabajo, tu jefe, tus clientes y muchos más: tus vecinos, gente rica y gente pobre, gente desconocida que sin embargo te admira, varios discípulos dispuestos a continuar la lucha...

Será una buena señal de que hicimos lo correcto, honramos nuestra libertad y dejamos huella. Nosotros mismos nos habremos convertido -sin quererlo- en las referencias que buscamos construir. Dios quiera que así sea.

Un fuerte abrazo.